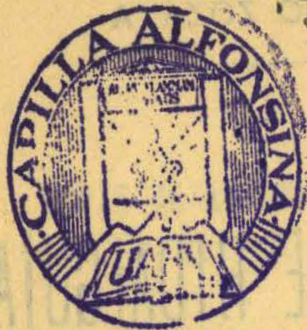


910
Z.

PQ 6647
08
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.

SOLARES DE HIDALGUÍA

¡VILLA ENSUEÑO: UN MINUTO!

La limitación de la humana inteligencia que, en su desconocimiento del espacio, inventó el micrón, de la materia imaginó el átomo y del pensamiento las fibras, en su ignorancia de lo que es el tiempo, inventó el minuto. Se comprende, no sin cierta dificultad, lo que es un año, un mes y, sobre todo, un día. Pero ¿por qué el minuto es la sexagésima parte de la hora y no la centésima, como quiere el autor del reloj eléctrico? Y, sobre todo, ¿qué es el tiempo mismo? ¿Tiene otra realidad que los hechos? ¿Pasa de veras, ó somos nosotros los que pasamos, como expresa con frase resignada el inmortal Kempis?

¡Un minuto! Un tren de viajeros se detiene ante una estación, en medio de la noche. Un hombre recorre el andén, y, con acento monorrítmico, canturrea un nombre cualquiera: «¡Villaignota: un minuto!» Los viajeros permanecen encerrados en sus celdas movibles, cuya luz mortecina proyecta sobre el

enarenado terraplén un fulgor débil y rojizo. Nadie se mueve; no se escucha otro rumor que el de la brisa, que hace ondular las ramas de las acacias y pasa como un escalofrío sobre los pájaros, dormidos en las copas oscuras y enigmáticas. Acaso un solo viandante bosteza, asómase á contemplar el desconocido paisaje, pegada á los vidrios la frente, destemplada por el de velo; alguna vez, una voz áspera, imperativa y breve, pide agua que aplaque su sed, y una mujer corre hacia el estribo. Luego, vuelve el silencio, y el convoy reanuda lenta y suavemente su marcha. Ha pasado el minuto, y el rincón del mundo, apenas entrevisto, se esfuma en la lejanía nocturna, como un agua fuerte, dejando en la retina una vana impresión que se encargan de disipar muy pronto, en su vertiginoso y dantesco desfile, otras sombras enhiestas y rígidas que pasan veloces, como hitos de misterio que fueran señalando la fugacidad del vivir.

Yo no puedo escuchar sin melancolía esa voz que, en los viajes, me recuerda que el tiempo es muy breve y que hay muchos lugares en la Tierra que no he visto ni veré jamás. Aun en medio del día, cuando espera en el borde del encintado un gentío más ó menos animado y solícito, no puedo sustraerme á un estado sensitivo que me sumerge en la desilusión del espacio y del tiempo. ¿Qué hay detrás de aquellas colinas, sobre las cuales pasta en paz virgiliana el amarillento rebaño? ¿Qué semillas esconden en sus entrañas los esquilmados predios? ¿Qué grandezas ó sufrimientos ha consagrado el mezquino templo, cuya torre se alza impasible sobre los techos de rastros que humean? ¿Qué mano femenina ha prendido

el fuego á las ramas en el hogar solitario ó rústico? ¿Qué canciones germinan en sus labios, ó qué lágrimas se deslizan por sus mejillas? No lo sabremos nunca, como no sabremos quién es la adolescente que contempla absorta la lejanía, ni el sacerdote que se aleja por el sendero tortuoso y soleado, ni el empleado que nos mira impasible, ni el gañán que agavilla las haces en las eras. Es Villaignota, visión fugaz que, pasado el minuto, desaparecerá para siempre, porque, si otra vez pasamos por sus aledaños, serán otros los seres que veremos y otros los vellores flotantes que rodarán sobre sus montañas, y otros los fulgores que resplandecerán sobre sus cielos, y, como nosotros mismos habremos cambiado, serán otras las melancolías que llevaremos en el fondo del corazón.

¡Oh!, si una voz implacable, midiendo nuestra vida, nos dijera con áspero acento: «¡Tu vida, sesenta años!», ese plazo largo y penoso nos parecería angustioso y breve. Pensaríamos con horror en el momento definitivo en que tendríamos que despedirnos de los seres queridos y de las cosas que nos rodean. Porque la vida—lo ha dicho el poeta de las Dolores—no es larga ni breve, sino porque tiene dichas y penas y, sobre todo, porque ha de hallar un límite en las lobregueces del futuro. Asimismo, un minuto no es corto ni largo, sino porque es medido de antemano y porque el plazo es improrrogable. El sobresalto de todo tiempo está en la medida, y así, es todo reloj un instrumento de tortura, como lo fueron el garfio y el potro; torniquete de ensueños, horca de esperanzas, cepo de ilusiones, hoguera que esgrime sobre nuestros espíritus, implacable, la hoz de Saturno y

nos amedrenta con sus agujas, como el compás de la Eternidad.

¡Un minuto! ¡Qué tiempo más breve! Sin embargo, recordamos minutos supremos en que nuestro Destino se decidió, en que con un gesto, una palabra, un signo, quedó sellado nuestro porvenir y cambiando el itinerario de toda nuestra vida. Pero aquel minuto no lo medimos: tal vez se nos hizo inacabable. Durante su transcurso, muchas criaturas humanas nacieron y murieron, caudillos poderosos quizá decidieron la guerra y la paz, y fulminaron sobre el futuro: trocado el minuto, hubiera cambiado la faz de todos los sucesos humanos, como deformada la nariz de la soberana de Egipto. Un minuto hecho piedra era acaso el punto de apoyo que demandaba Arquimedes; hecho luz sería tal vez la orientación suprema, el fulgor infinito que rasgaría el caos en que bucea, desesperada y vanamente, desde hace ochenta siglos, la Humanidad.



No nos dejemos llevar de la atracción hipnótica; no interrumpamos nuestro viaje para ver cómo es ese pueblo, en el cual se nos dijo que nos detendríamos solamente un minuto. Nuestro ensueño desaparecerá con la prolongación de la estancia. Será un pueblo como los demás; sus habitantes serán de carne y hueso; tendrán pasiones, vicios, ambiciones y, ¡ay!, su pequeña ciencia, empalagosa y displicente. El caserío, la torre, las frondas, las montañas, el cielo mismo, os parecerán más pequeños y angostos que lo que se os antojaron cuando los contempl steis reclinados de pechos en el movable alféizar. El ensue-

ño se ha disipado, porque hemos convertido el minuto en plazo arbitrario y potestativo; porque hemos malado el ensueño y seremos más desdichados que Macbeth; porque hemos querido tocar el iris, adueñarnos de los cambiantes impalpables que, en la poesía galaica, van engarzados en el *arco d'a vella*.

Pasad como sombras, como espectros, en vuestra urna movable, llevando en el cerebro adormilado vuestro talismán de ilusiones. Despedíos con una amarga, pero dulce, sonrisa, de las cumbres cabalgadas por los blancos vellones, de las nieblas cernidas sobre los campos solitarios geórgicos, de las agujas del campanario, de los personajes enigmáticos que os miran y se alejan por el desconocido sendero. Ha pasado el minuto. «¡Señores viajeros, al tren!» Señores pasajeros de la vida fugaz y regada con lágrimas: ¡a soñar de nuevo!

RESTAURADORES

Líbreme mi buena ventura de hablar mal de la Restauración. A bien que ella se alaba, y no ha menester otros ditirambos que los que pregonan sus frutos. Cuanto más que ya es hora de reposar, ¡oh, Sancho!; y plegue á Dios que orégano sea y no batanes.

Pero sí quisiera desahogar mis pesadumbres y quebrantos diciendo mal de las restauraciones. Volver á su pristino estado las cosas, hacer que tornen á

ser lo que fueron... Un dicho popular niega poder y facultad á Dios mismo para tamaña empresa. No pasan en balde los «mal llamados años». ¿Qué extraño es que pueda fracasar en tan ardua tarea Jehová, cuando fracasó el rey Fernando, de felice recordación?

Los restauradores de la Alhambra se obstinan en demostrarnos que ello es facilísimo. Y como no son precisamente émulos de Mérida, ni menos de Dion de Lévy, han acabado por suscitar las iras de los admiradores del granadino alcázar. Perder las cosas, ya es pena bastante; volverlas á hallar restauradas es superior á las humanas fuerzas.

No vuelven á ser lo que fueron las cosas sino en vana apariencia. La vida no es una involución, y cuando, por excepción, retrograda un paso, es para que sea más la fuerza y mayor el ímpetu, como en los versos del castillo famoso. Tornar á lo pasado, de no ser imposible, sería abominable. Por algo llevamos los ojos en la frente y no en el occipucio. Haberse asomado á lo futuro imposibilita para adaptarse á lo pretérito. Es bello desde lejos, como las nubes y las montañas. Es ya sobrada pena el vivir para soñar con el revivir.

Por eso, las restauraciones son siempre desdichadas. ¿Quién puede colocarse en el plano, en el medio, en la condicionalidad de pensamiento y de existencia en que estuvo el artista cuando acertó á crear la belleza? ¿Cómo, entonces, producir idéntica sensación á la que dió por única y definitiva á los hombres de genio? Además, el factor del tiempo, presentando su pátina imborrable á las cosas, las engrandece y hace inimitables. Una nueva España tradicional

dejaría de ser tradicional; tendría tal vez un solo defecto: estaría muerta, como el caballo de Bayardo. Un Coloseo intacto, barnizadito, flamante, sería una aberración estulta. Es bello por sus líneas; pero es solamente sublime porque sobre él se cierne la magnificencia de los siglos.

El «volvamos á la naturaleza» es un grito vacío, porque sólo hay una naturaleza: la nuestra, la actual. El «regresemos á lo tradicional» es un anhelo irrealizable, porque lo tradicional lo es únicamente después de pasado. Un anciano puede teñirse el cabello, pero no volver á ser joven, y, si se realizara en él el prodigio de Fausto, caería como él en la culpa y la melancolía. Por esto, los viejos suelen ser los más religiosos: la contemplación del pasado es una meditación sobre la muerte. ¿Qué podremos, pues, restaurar, si no podemos restaurarnos nosotros mismos?

Si no temiera incurrir en la temeridad anunciada al principio, diría que las restauraciones políticas son eso: «pastiches», carmín de Doña Elvira, afeites doctrinarios con que se pretende ocultar un estado social valetudinario y anacrónico. Pero lo nuevo surge, y á su lado lo viejo se inclina. Se resiste más ó menos tiempo, y al cabo todo se desmorona, porque ha sido imitación, falsedad, cáscara de barniz hueco y vacío, máscara de sainete ó «rostrum» de tragedia que acaba en la rechifla de los libertos cuando no en los espasmos truculentos de la catástrofe.



Quedará restaurada la famosa torre de los Lujanes; pero en otras regiones palpitará el espíritu de San Quintín y de Pavía. Remozada parecerá la Al-

hambra con sus paletadas de estuco, sus rompientes de yeso y sus bancos abominables de hormigón. Pero ¿quién podrá reparar el error insigne de la expulsión de los moriscos? Aún no es imposible que el tradicionalismo resucite la España de las camarillas y del Santo Oficio; pero ¿podrá dar vida nuevamente á la civilización cristiana y judía y á nuestro poder territorial? Todo eso ha pasado porque es integrada la vida por muy distintas diferenciales, y á nuevos problemas corresponden nuevos factores. Hay que instaurar, no que restaurar; es preciso levantarse temprano para mirar el sol que nace, y no velar al fulgor de cirios ó de lámparas que pretenden remedar siempre en vano el resplandor del sol que muere.

Renovarse ó morir; adaptarse ó desaparecer. Sabedlo, prerrafaelistas sin ingenuidad, tradicionalistas sin fe, clásicos sin manantiales de cultura sincera. Bebed en vuestra copa y arrojad á las aguas la del Rey de Thulé. El recuerdo es hermoso, pero lo es mucho más la esperanza. Restaurad la vida en los hijos, la belleza en lo eterno y lo presente en el futuro. Dejad en paz á las viejas torres ó encierros en ellas para siempre, mientras la juventud construye caminos y puentes, jardines y avenidas, mercados y escuelas. En ellas no ha vivido Francisco I, que lo perdió todo, *incluso el honor*; pero en ellas dejará su huella su Alta Majestad Todo el Mundo, impenitente revolucionario que reclama imperiosamente su indiscutible soberanía y su imprescriptible derecho á vivir.

Granada.

LA DESBANDADA

Los ricos se van. La extrema riqueza, como la suprema miseria, es nómada. Nuevos horizontes pide perdurablemente el placer, como los exige la implacable necesidad. La dicha del hogar, cantada por Heine y Lubbock, el placer intenso de la quietud, ensalzado por nuestro fray Luis y por el exquisito Baltasar de Alcázar, no es patrimonio de menesterosos ni de millonarios. Ellos mirarán siempre con tanta compasión al hombre-molusco de Lista, que «no ha visto más río que el de su patria», como al ciudadano casero de Emerson, que «prefiere á toda otra música la del reloj de su cocina y los aires que el leño le canta sobre las losas del fogón».

Pero, ¡oh, sorprendente paradoja!, es, precisamente, un hogar lo que buscan aquellos que viajan demasiado. Los miserables, porque no han podido constituirlo, y los poderosos, porque no han sabido. Preguntad á los emigrantes por qué huyen de la tierra que los vió nacer, y, si son sinceros, como los consultados por Salaverría, os dirán que buscan en otras latitudes los medios de crear para la vejez un refugio, de constituir una familia, medios de que carecen en absoluto en las condiciones actuales. Una vez la fortuna adquirida, los indianos regresan á sus lares, y en ellos su primer cuidado es edificar una casa que tenga algo de solariega y en que sus hijos puedan vivir sin la amenaza de la privación.

Se ha dejado el suelo nativo para eso: para reconstituir el muro derruido; para encender en el ennegrecido llano la llama extinta; para colocar una cruz sobre el lecho místico de los antepasados; para hacer que torne á correr el agotado manantial en la fuente á que fueron mozos y mozas en días de disanto «á se solazar»; para colocar en la clave resquebrajada un blasón ó una inicial cualquiera que recuerde á los hijos que cuando se ha labrado la tierra con fatiga y dolor, y es menester abandonarla, pasadas tres décadas, se vuelve ó se muere.

Diréis que no ocurre lo mismo á los pudientes. Sin embargo, no todos viajan por disfrutar de la contemplación de los panoramas descritos por Tyndall, por Wallace y por Ruskin. Sondead hábilmente en sus intenciones, estudiad su género de vida, y confirmaréis esta sospecha. Ellos mismos, si son sinceros, acabarán por confesaros que necesitan hacer durante un lapso de tiempo más ó menos largo lo que llaman vida tranquila; libertarse del bullicio mundano, de la molesta indumentaria, de los trajes que ahogan y de los condimentos que envenenan; dejar de ser solicitados por los negocios apremiantes y las reglas no menos imperiosas de insulsa y complicada cortesanía; hacer vida de familia ó, á lo sumo, de patriarcado; tener, en fin, durante algún tiempo, un hogar humilde, que si no es humilde, no es verdadero hogar.

Claro es que la desilusión sigue casi siempre á tales proyectos. No se crea rápidamente lo que en rigor no existe. Llegado el Otoño, no es sólo el estado social el que restituye á la vivienda cotidiana, sino el mandato de Domiduca, diosa que preside la vuel-

ta al hogar doméstico. Con las primeras lluvias, la poesía rústica se desvanece. Todo es incómodo y precario. El hogar improvisado no es nuestro hogar; el campo melancólico que le rodea no es nuestro campo; sentimos que el ambiente y los seres que en él se agitan nos son extraños. ¡Ah, con qué placer permaneceríamos allí, si allí estuvieran nuestros lazos de afecto, nuestras ocupaciones y nuestras tareas! ¡Si hubiéramos levantado el hogar verdadero, piedra por piedra, y conociéramos desde niños aquel paisaje, y familiar nos fuera rama por rama! El mismo sentimiento que nos alejó de la gran ciudad, á ella nos restituye: el ansia de un hogar, de una vida tranquila, que las nuevas costumbres y la moderna eivilización hacen, en verdad, imposibles.

Como para los menesterosos, el hogar no existe ya para los ricos. Si la residencia veraniega es para ellos un campamento, la invernal es palacio, hotel, club, todo, menos hogar retirado y tranquilo. Una fría etiqueta preside á los actos más íntimos; un ceremonial riguroso y afectado ha de observarse con escrúpulo aun en los momentos de alegría ó de angustia. Los criados, testigos importunos, vigilan; los extraños conviven en fiscalización insoportable. Los mismos muebles, propios más de un museo que de un confortable retiro, imponen infranqueables aislamientos, cuidados exquisitos y respetos solemnes. Los lazos de familia, por su parte, se hacen cada vez más relaxos. Se vive de noche y fuera de casa. El preceptor y la institutriz comparten la paternidad y debilitan su ternura; la Cámara legislativa, la oficina, el Círculo, los deportes, roban al connubio sus legítimos fueros; la amistad misma, de tanto diluirse, se

hace palabra vana. La mujer se siente en su alcázar reina, soberana, muñeca, todo, menos esposa y madre. El hombre se conoce dominador, déspota ó figura decorativa; todo, menos director y patriarca. Por una sola frase sincera, por un haz de sarmientos chisporroteando el himno de las cosas francas, familiares y amables, se daría entonces una fortuna ó un blasón.

Y al llegar el Estío se piensa indefectiblemente en el campo. Se habla de la necesidad de cultura, de intercambios de ideas; se dice, como Séneca, que el hombre sólo es dueño de lo que ha visto; se invoca la salud, la moda ó los negocios. En realidad lo que se busca, más ó menos fructuosamente, es un hogar.

Y las clases medianamente acomodadas imitan el ejemplo. Sienten más que ninguna otra la eterna sensación de aislamiento y destierro. Rara vez viven donde han nacido. Las campanas que las llaman al rezo no son sus campanas; la casa mezquina y lóbrega que habitan no es la misma donde nacieron. En ella no hay un pedazo de terreno donde respirar el aire libre á pleno pulmón y desde donde contemplar el cielo estrellado. Tiene, más que de mansión amable, de prisión ó de ergástula. En la imitación de las clases pudientes, el esfuerzo desproporcionado, la falta de higiene, el apremio angustioso, acarrea la neurastenia. ¡Oh, qué felices cerca del campo, en una casita pulcra y humilde, rodeada de castaños ó pinos seculares! ¡Qué contento el de verse despojado de trajes ridículos, alimentado por manjares frugales y rústicos, libre de preocupaciones y agobios! Y se estudia un presupuesto modesto para los meses anquiladores del Estío. Al cabo de no pocos desvelos,

el problema parece resuelto. Por esta vez, se tendrá un hogar.

¡Un hogar! Pero el hogar va desapareciendo. Lo hemos cambiado por los arcos voltaicos, las máquinas Compound y los problemas económicos. El hogar es humilde, y somos sobrios. Hemos dejado consumir el rescoldo. No nos queda sino la vida nómada, la errante peregrinación por tierras extrañas en busca de la vivienda sosegada del vicario de Wakefield, del lugar perfumado y sereno en que podríamos tener un verdadero nido si para fabricarle tuviéramos instinto y para dignificarle nos nacieran alas.

SERENADAS LAS OLAS

¡Qué hermosa virtud la Caridad si, en vez de ir detrás de la Desdicha, caminara delante! Donativos, fiestas benéficas, suscripciones públicas, tómbolas y plegarias, no volverán la vida á los náufragos de Bermeo. En cambio, el derecho al *producto íntegro de su trabajo* les hubiera hecho posible la adquisición de barcos seguros y de medios de salvamento, y les hubiera procurado medios de descanso los días de inminente peligro. Pero somos así: primero, despojamos al pobre, mediante el impuesto indirecto y la sumisión á un contrato de trabajo leonino; luego, cuando el mar se lo traga, ó la mina lo aplasta, ó el andamio lo lanza al espacio, lo compadecemos y aun

lloramos si es menester. Así, la Caridad es una justicia tardía. Es el *suum cuique* aplicado á la cola del burro muerto, la *perpetua voluntas* que llega con retraso, el imperativo categórico, que va de reata, el resumen de los mandamientos á paso de tortuga á quien pesa el caparazón.

Nada hay tan impresionable y sensible como la imprevisión. Todas las niñeras que dejan ahogarse á los niños y todos los empleados que pierden cantidades ajenas, lloran á chorros. ¡Quién lo hubiera pensado! El tipo del filántropo es nuestro glorioso padre Gedeón, el cual bendice á la Providencia, que ha puesto los grandes naufragios cerca de los puertos de mar, con lo cual pueden los ricos veraneantes socorrer á las viudas y fijar una pensión decorosa á los huérfanos.

Luego la Caridad, que es un *noble impulso*, es fugaz como todo lo impulsivo. Socorre y pasa; media hora después puede recomenzar la tragedia; sus causas son las mismas: miseria, imprevisión, ignorancia. El mar no tiene sino alzar sus espumas, y el viento, cambiar de cuadrante. Vuelta á ahogarse los pescadores, y torna á iniciar las suscripciones. ¡Maldita galerna! ¡Funesta desdicha! ¿Quién iba á pensar que pudiera ocurrir?



Hace más de treinta años que nos dió Núñez de Arce en *La pesca* la dantesca visión del naufragio de los pescadores costeros. Aquellas páginas inspiradas tienen la amargura salobre del mar y del llanto inconsolable de los vencidos. Cuando, en medio de la noche tétrica, luchan los pescadores con la tormenta

y son arrojados contra las rocas, sobre las cuales les esperan, desgrefñadas y locas de desesperación, las mujeres, y descalzos y llorosos los niños, á quienes prometieron juguetes y galas, se siente el escalofrío de lo doloroso y sublime. Por fin, vence el mar; los naufragos van desapareciendo uno tras otro en las entrañas del abismo, y arriba, en lo más alto del cantil, el viejo sacerdote extiende sus trémulos brazos: «¡Hijos—dice—, os absuelvo y os bendigo!» Después, recobra el mar su ritmo monótono, su ronco bramar interminable, voz de lo Infinito, que no sabe de miserias humanas y en cuyo seno el llanto es una gota más.

Y una, cien y mil veces renueva el Arte su cuadro desolador y sombrío. Y vemos al marinero yerto en los lienzos de Sorolla y Alma Tadema, y escuchamos sus lamentos ahogados en Wagner y en Saint Saens, y los mármoles mismos parecen amortajarse en algas. Y nos estremecemos, y decimos cuando la tormenta se acerca: «¡Ay, pobres pescadores!», y encendemos, tal vez, una vela de cera, y á cada relámpago hacemos sobre nuestra frente la señal de la cruz.

Pero no nos preguntamos por qué los pescadores son tan pobres pagando nosotros el pescado tan caro; por qué no pueden comprar vapores y abandonar las embarcaciones de vela y remo; qué causa les impide contratar un seguro á prima fija; qué necesidad apremiante les obliga á desoir en días de tormenta las advertencias de los prácticos y jugarse la vida contra la probabilidad de una pequeñísima ganancia. Creemos que todo esto no nos incumbe. Esperemos á que los marineros se ahoguen. Luego,

ya entregaremos unas pesetas á los huérfanos ó, regularmente, un par de floreros para que sean sorteados en la *kermesse*.

Es ley fatal—decimos—y, por consiguiente, irremediable. El Océano se ha hecho para que se ahoguen los pescadores, como las minas para que se sepulten los mineros. Los pobres serán siempre pobres. Más natural es que se ahoguen ellos que los que cortan el cupón.



No son hoy los barcos y artefactos de pesca los mismos que en la España de los fenicios, como no son los mismos los instrumentos y las máquinas de labranza. Es posible pescar sin el menor riesgo. Lo demuestran los mismos vapores que en la costa cantábrica se retiraron sabiamente á puerto seguro. Pero los pescadores carecen de elementos para adquirir y comprar esas máquinas. Comprenden que ellas les harían siervos de quienes dispusieran de capital, y así, lejos de amarlas, protestan airados contra ellas, como lo han hecho contra las traineras los pescadores de La Coruña. Un hombre poderoso que disponga de cuatro *traíñas* dejará sin comer á más de doscientos necesitados. Es la historia de toda una transformación económica que, desde Marx, ha formulado su conclusión última: propiedad común de los grandes instrumentos de cultivo y de producción.

No hemos de discutir este postulado. Pero sí conviene saber que, si las sumas que se emplean en limosnas ineficaces para las víctimas, se empleasen en organizar sociedades de marineros, cooperativas de producción dueñas de grandes barcos, las catástro-

fes como las de Bermeo y Ondárroa serían ya poco menos que imposibles, casi tanto como lo sería su miseria rebajando tarifas y suprimiendo intermedios.

Pero todo esto supone estudiar. ¡Estudiar, horror de los horrores! Vale más abrir de una vez la escarcela. «Amigo mío: estamos enterados de la desgracia. Diga usted á cuánto tocamos, y déjese de sociologías.»



Quizá son precisos todos estos horrores para que la vida sea meritoria. Una existencia sin dolores, sin catástrofes, sin amarguras y, ¿por qué no decirlo?, sin injusticias, no valdría la pena de vivirse. Aterra pensar en un Universo equilibrado sobre su eje, de funciones y movimientos ordenados como un aparato de relojería; sería tal vez intolerable hasta para el propio Pangloss. Ver transcurrir los días monótonos, mirar realizado el mito *rousseauiano* de *L'inégalité parmi les hommes*; no desear nada, no aspirar á nada, por ser todo perfecto; no luchar jamás y, sobre todo, no llorar nunca, sería demasiada aflicción, aunque ello parezca paradójico. La inteligencia se atrofiaría, como la voluntad y la muerte nos sorprendería en estado de perfecta idiotez. Vale más combatir con las olas y con los hombres, bracear entre las irritadas crestas de espuma ó entre las enconadas turbulencias de las pasiones egoístas. Caer bien es también un triunfo. Satán, en medio de su maldad odiosa, es bello y envidiable cuando sabe desplomarse de lo infinito.

Y es bien que haya dolores y que haya galernas;